

Javier Serrano Alonso (ed.), *Conferencias completas de Ramón del Valle-Inclán*, Lugo, Editorial Axac, 2017, 766 páginas.

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.9.2018.XLIV-XLVII>

Durante los últimos años, el grupo de Investigación de la Cátedra Ramón del Valle-Inclán de la Universidad de Santiago de Compostela ha contribuido al estudio de su obra y de su biografía con una labor excepcional. Margarita Santos, Javier Serrano, Amparo de Juan y los demás miembros del grupo, han impulsado de manera ejemplar el estudio de un autor que, como es sabido, se encuentra entre los más relevantes del siglo XX, y de toda la historia literaria española.

Quienes se han iniciado en la lectura y el estudio del autor gallego conocen de inmediato su complejidad, desde sus primeros años modernistas hasta su desaparición en el infausto 1936, las dificultades de todo tipo que muestra su irrupción en los distintos géneros literarios, y quienes indaguen en la ingente bibliografía hasta ahora producida verán que siguen existiendo problemas a los que se han dado distintas y contradictorias soluciones. La colaboración de la familia de Valle, como las aportaciones de Joaquín del Valle-Inclán, ha ayudado a que se produjera un nuevo impulso para que resulte conocido el archivo del escritor. Y a los avances de las últimas décadas hay que sumar que, con la finalización de las restricciones por derechos de autor, desde 2017, editoriales como Alianza y Cátedra han puesto en circulación ediciones, críticas o simplemente cuidadas, que amplían el horizonte lectorial y que normalizan una situación que resultaba extraña. Claro está, ya contábamos con ediciones tan solventes como las que llevó a cabo Espasa Calpe (valga de ejemplo las *Divinas palabras*, al cuidado de Luis Iglesias Feijoo) o los estudios realmente importantes que se han publicado a los dos lados del Atlántico, pero sin duda el panorama presente y de los próximos años resulta prometedor.

Con respecto al libro que aquí comentamos, la edición de las *Conferencias completas de Ramón del Valle-Inclán* que publicó hace poco Javier Serrano Alonso, hay que afirmar que solo resultaba posible con un trabajo minucioso a lo largo de años y un conocimiento enciclopédico del autor y su contexto. Y el resultado es una obra de obligatoria consulta para los estudiosos de Valle-Inclán y una aportación muy relevante para los interesados en una faceta de la cultura española en la Edad de Plata, en la acertada etiqueta de José-Carlos Mainer.

También hay que recordar que, en la segunda década del siglo XXI, es casi imposible encontrar algún aspecto en la figura y la obra de Valle que no haya sido explorado, y aquí tenemos que citar, entre otros, a Dru Dougherty *Un valle-Inclán olvidado* (1983) y a Joaquín y Javier del Valle-Inclán, *Entrevistas conferencias y cartas* (1995), además de las del propio Serrano o la tesis *Valle-Inclán orador* (2003) de María José Sánchez-Colomer Ruiz, que han realizado una meritoria labor y establecido las bases para que se pueda llevar a cabo esta obra aunque la recopilación total de las conferencias era una labor ardua, y no muy agradecida.

Quienes conozcan otros trabajos de Javier Serrano, como *Los cuentos de Valle Inclán* (1996), u otros posteriores, no les sorprenderá la amplitud y brillantez de ejecución en esta recopilación completa de conferencias. Sabemos que la trayectoria de Valle es compleja, conocemos su dedicación absoluta y no habrá área en toda su producción literaria en que no se proponga innovar y singularizarse frente a sus antecesores y contemporáneos, aunque ello le suponga más de un problema. Valle fue conocido por su agudeza verbal, por sus anécdotas y leyendas, por su figura contradictoria, además de por sus obras y esta parcela oral, la de sus conferencias, necesitaba todavía un trabajo amplio.

Dru Dougherty, en el prólogo a esta obra, nos recuerda que Valle decide desde su juventud construir un personaje que representará en la esfera pública con distintos matices, que le lleva a cambiar de apellido: entertainer, dandy, provocador, actor, director de escena, y, añade Dougherty, su experiencia como conferenciante continúa la dimensión performativa en la que construye su personaje. Ya hace años, Gonzalo Díaz Migoyo, continuando la bibliografía anterior, en su *Guía de Tirano Banderas* (1984), señalaba esa construcción del personaje, su cuidadosa puesta en escena y su evolución, aunque no desarrollaba el aspecto performativo que enfatiza acertadamente Dougherty. A diferencia de Federico García Lorca que, según se dice, llevaba siempre unas líneas escritas para cualquier intervención, Valle evita el texto fijo, siguiendo más o menos un esquema o atendiendo a la inspiración del momento, llegando incluso a plantear su preferencia por una breve charla seguida por un coloquio abierto a las intervenciones del público (algo que, al parecer, solo pudo practicar en una ocasión al final de su vida). En opinión de Dougherty, en esta actitud de Valle estaría subyacente una crítica del lenguaje (p. 20), pero en esto podríamos disentir del criterio de tan eminente especialista, pues creo que esta actitud se dirige más al género “conferencia” y a su retórica en la época. De hecho, creo que, por ejemplo, el ostensible carácter escrito de las acotaciones en sus obras teatrales (*Divinas palabras*,

Martes de Carnaval) las hace absolutamente singulares y se trata de un texto escrito que quizá (hoy) no puede obviarse en la puesta en escena, aunque en apariencia puedan parecer ajenas al espectáculo.

No cabe duda de que entre los intereses del escritor estaba entretener al público, y no defraudar las expectativas que generaba su personaje. Tal método, casi es obvio decirlo, se enfrentaba al modelo decimonónico de la oratoria que tan estomagante le resulta según transcurra su vida (no es extraño que las veleidades discursivas de algún personaje merezcan la denominación “un Castelar”). Y se enfrenta a las convenciones establecidas de modo semejante al desafío que suponen las *Comedias bárbaras* respecto a la práctica escénica de su tiempo. Ahora bien, por otro lado, tal *modus operandi* es un auténtico desafío o pesadilla para para cualquier editor que no puede contar con un medio completamente fiable de grabación. Aunque la capacidad de registro que tenían en el primer tercio de siglo XX los periodistas suele resultar asombrosa, al mismo tiempo las constricciones del medio y publicación, apresurada o no, en una cadena en que al menos interviene también el tipógrafo, encontramos un margen de incertidumbre, una falla, que solo puede saltarse con el conocimiento contextual y del autor, y, por ello, las notas complementarias de esta edición resultan fundamentales (marginalmente hay que apuntar también que, al ir estas en doble columna, es probable que la extensión real del texto supere las mil páginas). En cierta medida creo que la labor de Javier Serrano, sometido a la máxima tensión por el material que maneja, es semejante a la del arqueólogo, que a menudo con unos cuantos útiles incompletos, rotos y mínimos, es capaz de reconstruir un conjunto realmente extenso. Serrano comenta que como base de su trabajo ha tenido unas pocas notas, que había publicado *Cuadernos Hispanoamericanos* en el número que dedicaba al escritor en 1966, en las que Valle no indica su utilidad expresa, y, junto a ellas, noticias periodísticas y todo tipo de información adicional que puede recopilarse, lo cual da como resultado un terreno en el que hay que moverse con gran cautela. Cuando el material con el que se cuenta es escaso (como en las conferencias en Rosario, Argentina, en 1910, o en Salas o la Felguera, Asturias, en 1926) se ciñe a lo existente, anota con concisión las referencias y no arriesga hipótesis que cabrían en un título tan maleable como el de Rosario, “Siluetas de los grandes padres de nuestra literatura”.

Esta edición valora en su justa medida lo que supone el “Valle oral”, tanto para él mismo como para sus contemporáneos, y también para el presente, mostrando los dos elementos característicos que le sirven de vectores constructores: el juego y la sorpresa. Resulta sumamente adecuado el rápido

repaso que lleva a cabo de distintos oradores del momento, Unamuno, Gómez de Baquero, Pérez de Ayala, y podríamos añadir más, claro está, pero no sé si hacia los años veinte y treinta no merece la pena detenernos en la figura de Ortega, que se ha convertido en el agitador que durante años fue y quiso ser Unamuno, y cuya relevancia intelectual se pone sobre todo al servicio de la actividad política y la lucha contra la Dictadura. Las divergencias, en modos y lenguaje, son francamente evidentes.

No se me ocurre, ya para terminar, en los múltiples aspectos de esta edición una objeción que vaya más allá de la minucia; es cierto que el lector agradecería alguna reimpresión de las notas publicadas en 1966 o una sección gráfica más amplia (contando con que solo hay noticia de una foto del escritor impartiendo una conferencia, p.156) pero también esto podría encarecer los costes en exceso. En resumen, se trata de una magnífica aportación al estudio de Valle, en la línea a que nos tiene acostumbrados Javier Serrano, quizá también porque si recordamos la antigüedad grecolatina, retórica y oratoria formaban un conjunto que unía el conocimiento y dominio de figuras y tropos y la capacidad de persuadir, de afectar a los demás a través de la palabra, y ambos designios resultan ostensibles en la literatura y la vida del genial escritor.

EPICTETO DÍAZ NAVARRO
Universidad Complutense de Madrid
epidiazn@ucm.es